

III

CUATRO POEMAS

I

En una taza sírvanme el ocaso,
cuenten los recipientes del amanecer
y hablen de su rocío.
Díganme hasta qué altura se eleva la mañana
y cuánto duerme el tejedor
que hiló los soplos del azul.

Revélenme las notas que se encuentran
en el éxtasis del nuevo petirrojo
entre las ramas asombradas.
Cuántos viajes realiza la tortuga
y los vasos que paladea la abeja
ebria de los rocíos.

¿Quién trazó al arco iris las paredes
y quién dirige las dóciles esferas
por mimbres de obediente azul?
¿Qué dedos templan la estalactita
y quién cuenta el dinero de la noche
para saber que la deuda no existe?

¿Quién construyó esta casa diminuta
y cerró de tal suerte las ventanas
para cegar mi espíritu?
¿Quién me arrebatará en un día de fiesta
con alas para huir
e irme con artificio?

II

En ti quede el verano
cuando escapen sus días.
Que perdure tu música
al irse la zumaya y la
oropéndola.

Saltaré por la tumba
y sembraré mis flores
en ella para ti.
Eternamente,
Anémona,
recógeme tu flor.

No lo he contado aún a mi jardín,
pues temo que me venza;
ni tengo por ahora la fuerza indispensable
que me permita revelarlo a la abeja.

No lo diré a la calle
pues con asombro las tiendas mirarían
a alguien que
—tan tímida, tan ignorante—
tenga la desvergüenza de morir.

No deben de saberlo las laderas
donde he vagado así;
ni avisaré a los bosques amorosos
el día que me vaya,

ni habré de balbucearlo al estar a la mesa,
que al pasar, distraída,
insinuaré que hoy mismo
alguien se atreverá
a cruzar el enigma.

IV

Admitir el trozo
que de noche
o de mañana
es nuestro.

Llenar nuestro vacío
con deleite o desprecio.

Aquí una estrella y otra estrella lejos:
alguna se extravía.

Aquí una niebla y otra niebla lejos:
más adelante, el día.

DE EMILY DICKINSON

Versiones de
SERGIO FERNÁNDEZ